

Mamá, por favor, en el colegio no.

Elena Martínez Navarro

Madre, Licenciada en Filosofía y Profesora de Educación Secundaria.

Responsable del proyecto Femenino Plural¹ en EducEr (Alicante)

5 noviembre de 2011

Leyre² repetía que tenía miedo. Lo dijo al menos 4 veces a lo largo de las pocas horas que pasamos juntas. Pero ella no fue la única: también Miriam y Nieves (que la sienten ya cercana) e incluso Alicia, Elvira y Alejandra que la imaginan más alejada.

Leyre tiene 11 años, y este sábado se pasó la mañana hablando de la menstruación con su madre; pero también con otras madres y otras chicas de su misma edad. “Yo no sé qué es menstruación” decía Alejandra, una de las benjamins del encuentro. “Pues la regla” le contestó Nieves con sus ojos brillantes llenos de rebeldía mientras tumbada en el suelo no dejaba de mover ágilmente sus piernas. “Ah! Bueno, eso sí. Si me hubieras dicho el sinónimo...”. Son niñas en el umbral de la adolescencia, que sienten que algo se acaba y como *buenas humanas* necesitan prepararse para lo que se les avecina, para los cambios que están empezando a experimentar, para lo desconocido. Necesitan hablar y reírse a carcajadas mientras pintan unas “bragotas manchadas” o un tampón lleno de sangre. Escuchar a sus madres decir que la época fértil de la mujer es esa “en la que estamos más guapas” les puso una sonrisa en la boca y empezaron a hablar de los cambios que supondría en sus vidas la llegada de la menstruación desde otra perspectiva. Comentaron que se pondrían “cremas y potingues como mi madre” y tendrían “un chico guapo que me quiera”.

Las madres les contaron su experiencia con su primera menstruación y ellas las escucharon a todas muy atentas. Supieron entonces que su madre estaba sola con sus hermanas en casa cuando le sucedió, o que su abuela estaba cocinando cuando le vino a la suya y le dijo “tú ya sabías que esto llegaría”, o cómo su madre decidió ese día que aquél mono de rayas amarillas era demasiado infantil para ella. Oyeron de boca de sus madres que ellas también sintieron miedo, incertidumbre y que en aquella época no te podías lavar el pelo durante los días en que duraba la menstruación (“¿siii?” preguntaban extrañadas) o que hablar de sexo se consideraba algo feo. Les inquietaba especialmente la edad en la que se produjo esa primera menstruación, supongo que por calcular cuánto tiempo les quedaba a ellas para vivirlo. Pudieron conocer también que la sangre de la primera regla suele ser marrón y poco abundante y que por ello no deben preocuparse por mancharse, porque seguramente tendrán tiempo de ponerse una compresa. Toda una experiencia maravillosa para las que allí estuvimos.

Pero no olvidemos el miedo de Leyre, que también era de otro modo el de Alicia, Miriam, Alejandra, Elvira y Nieves. “Miedo a que me baje cuando esté en el colegio” “¡¡por eso me tiene que bajar en fin de semana, mamá!!”. Podemos entender tal preocupación puesto que su menarquia suceda en el colegio o el instituto imposibilita que puedan correr a los brazos de su madre, para que las arroje en ese momento de crisis en el que se desvanece sutilmente la vida tal y como hasta ahora la conocen. No obstante, me aventuro a afirmar que ese miedo repetido iba más allá. Ese miedo habla

¹ Femenino Plural es un encuentro entre madres e hijas preadolescentes para disfrutar del placer de estar juntas, compartiendo experiencias y emociones sobre la primera menstruación y el ciclo femenino. (más información en www.educer.es/servicios-femeninoplural.html)

² Los nombres han sido modificados para respetar la privacidad de las protagonistas.

del centro educativo vivido como el entorno hostil en el que no tiene cabida un acontecimiento como la menarquia. Habla de que la llegada de la menstruación a la vida de una niña siga siendo vivida en nuestra sociedad desde la vergüenza y el no reconocimiento de la misma como experiencia fundamental en la vida de la mujer. Tal vez es que seguimos, con respecto a la menstruación, en el paradigma del mismo Aristóteles, para quien “la hembra es un macho impotente” y el fluido menstrual no es sino la muestra de la incapacidad de la mujer de producir semen (“a causa de la frialdad de su naturaleza”). Si bien desde la corrección política de nuestro discurso occidental nunca aceptaríamos tales palabras, lo cierto es que seguimos sin reconocer la naturaleza cíclica de la mujer como válida y poderosa. No tiene cabida en nuestros frenéticos ritmos una feminidad entendida desde otros parámetros que el rendimiento para la rentabilidad. También en la escuela, marcada por las inercias que imprime el currículo como reflejo de esa dinámica social. Por todo ello un acontecimiento tan importante para la vida de la mujer como es su primera menstruación no tiene cabida en otro lugar que el estrictamente familiar.

Decía Foucault en “El orden del discurso” que una de las formas de control de los discursos por parte de cualquier sociedad son los procedimientos de exclusión referidos al tabú del objeto. La sociedad se encarga de hacer saber qué cosas se pueden *decir*, limitando así aquellas que no pueden ser registradas en el discurso; y esta legitimidad de ciertos temas y modos viene afianzada desde las instituciones. Cuando un profesor les dice a unas niñas de 10 años “si os baja la regla a mí no me digáis nada, buscáis a una profesora” está reforzando como institución la no posibilidad de discurso sobre la primera menstruación; está reforzando el tabú de la menstruación y afianzando la vergüenza como la emoción legítima ante tal acontecimiento. Entendemos que tal vez ese profesor solo quiere facilitar que la niña se vea recogida por otra mujer en ese momento, por considerarlo una “cosa de mujeres”, pero está transmitiendo que silenciar la primera menstruación ha de seguir siendo la norma. ¿Y cómo vivir desde el silencio la emoción de dicho momento? ¿Cómo podrá iniciar el duelo de su niñez si en el momento en que se produce la evidencia del cambio tiene que ocultar lo que siente o limitarse a cuestiones logísticas de quién le proporciona la compresa necesaria? A la niña no le queda otra que ponerse a rezar para que la regla le baje por primera vez en fin de semana.

Desde esta perspectiva desde luego que no cabe ningún tipo de ritual o celebración al respecto, ni en familia ni fuera de ella. No tiene sentido celebrar algo que carece de importancia, puesto que les ha pasado y les seguirá pasando a todas las mujeres de la humanidad (eso mientras ciertos científicos convencidos de la lacra de la menstruación no consigan erradicarla sin perder la fertilidad). Es más, ¿cómo celebrar algo que todos los meses me va a dejar unos días a rendimiento bajo, que puede me produzca dolor, que me “altera” mi estado de ánimo y me pone enfadada o deprimida en los días previos a su llegada? Desde esta posición nada parece indicar que la menstruación sea digna de ninguna consideración especial.

Sin embargo, no por ser algo común deja de ser extraordinario, y muchas mujeres seguimos recordando perfectamente el día en que menstruamos por primera vez y una gran cantidad de detalles que rodearon esa circunstancia. En numerosas ocasiones las experiencias de aquél día van a marcar nuestra “convivencia” con nuestra menstruación a lo largo de los años. ¿Por qué, entonces, no reconocer de una vez su importancia? ¿Por qué no rescatar del silencio algo tan importante para la sociedad como el hecho de que hay una niña iniciando su etapa de fertilidad? No se trata de ir anunciando a bombo y platillo nada (pues ya nos contaron el sábado nuestras queridas madres lo mal que sienta que tu madre grite por el patio de luces “¡¡¡ que la niña ya es mujer !!!”), ni de obligar a nadie a celebrar su menarquia con una gran fiesta, pero sí de permitir que la

menstruación salga de la zona de lo vergonzoso, de lo indeseable, posibilitar que se pueda hablar de ella y no sólo desde el punto de vista fisiológico sino también desde lo emocional.

¿Qué pasaría si en vez de tener que esconderse en el baño después de pedir – seguramente entre susurros– una compresa a la conserje, el día de su primera menstruación la “norma” fuera que esa niña recibiera de sus compañeros de clase la enhorabuena, que cada uno le dedicara unas pequeñas palabras escritas en un trocito de folio que la hicieran sentirse especial? O ¿Por qué ese día no se llama a su madre o a su padre para que vengan a recogerla por ser una ocasión única e irrepetible? Nuestras niñas nos contaron que la mayoría de los chicos de clase se ríen y se burlan cuando se habla de la regla, pero que “los más ligones” no lo hacen porque dicen que así ya pueden ser novios “para casarse y tener hijos”. ¡La sabiduría de los ligones!

Reconozcamos que el ciclo menstrual nos constituye como mujeres y no porque nos defina desde ninguna incapacidad. Hablemos de ello con nuestras hijas, para posibilitar que suelten el lastre del rechazo hacia una feminidad juzgada desde modelos masculinizantes (que no masculinos). De momento nosotros seguiremos organizando encuentros en los que madres e hijas puedan compartir todo lo que deseen al respecto con absoluta libertad, donde puedan intercambiar experiencias e inquietudes, donde reflexionar sobre la menstruación desde la escucha de nosotras mismas. Las privilegiadas que las acompañemos seguiremos disfrutándolo.